

EDITORIAL

LA UNIVERSIDAD Y LA CULTURA

UNAPEC da a la luz su revista *ÁGORA*, acervo de sus actividades ecuménicas que responden a los versos de su himno: “La canción que nos brinda tu esencia /en procura del hombre integral...”, del Lic. Baltasar González Camilo, lo que asegura la formación humanística de sus egresados, acorde con los principios de sus Estatutos Generales que persiguen:

1. La formación del hombre en la plenitud de sus atributos intelectuales, físicos y morales, ubicado en su medio ambiente como elemento fundamental del progreso colectivo.
2. La formación de profesionales y técnicos eficientes e idóneos en aquellas disciplinas que demandan el desarrollo de las ciencias, las artes y la tecnología contemporáneas”.

Tal es la razón que justifica la aparición de esta revista como su órgano de promoción cultural y queremos, en este primer número de su nueva etapa, rendirle un tributo de admiración al cuerpo profesoral de UNAPEC, el cual la ha impulsado hasta la cima donde hoy se yergue en el panorama de la patria.

El magisterio bien entendido es un apostolado que mueve la vocación. Porque la vocación es algo más que lo que expresa en su viejo sentido cristiano: es algo casi místico y profundo, que Ortega y Gasset en su libro *En torno a Galileo* llamó “el yo insobornable”. En tal caso, la vocación viene a ser el estímulo de la vida humana que nos hace auténticos, individuales e intransferibles.

El Dr. Leonel Rodríguez Rib, con ocasión de celebrarse el Día del Maestro, el 30 de junio de 1987, expresó estos acertados conceptos en el paraninfo de la Universidad APEC:

“Es el nuestro una hechura de la bondad y la fecundidad, un hijo de la entrega, de la sabiduría y de la creatividad. El que siempre aprende para enseñar, el que se la ingenia para mejorar.

Para este trabajador no hay tierra mala ni tiempo adverso. Para

su espíritu no hay paz, sino faenas. Su alegría es ver nacer el conocimiento, ayudar a formarse el ser humano. ¡Cuánto hay de exigencia en esa vocación de ser maestro! ¡Cuánto de renuncia y cuánta fuerza! ¡Por algo se le compara con la de ser madre!”.

Nosotros entendemos que su misión va más allá del sacrificio.

Los tiempos que transcurren son calamitosos. Estamos de acuerdo con ello. En la aurora del siglo XXI nos enfrentamos a una crisis que repercute en la enseñanza. La sociedad está en crisis, lo que particularmente se acentúa en el Tercer Mundo, de donde parece que se ha fugado la felicidad y ha perdido el niño su sonrisa.

Son países en los que medra la niñez de espaldas al ángel y frustra la gloria de su destino.

Cuando pensamos en “maltrato a la niñez” nos llega a la mente el espectáculo macabro de padres que golpean, coléricos, a sus hijos; pero también la sólita realidad del niño abandonado, errando sin Dios ni amparo por las calles superpobladas. Allí le espera el fantasma de la delincuencia: drogadicción, tabaco, alcohol, violencias, robo, présago, en muchos casos, de una adolescencia problemática que hace aquelárrica su vida e, inexorablemente, trágica.

La delincuencia, en sentido general, los problemas de la personalidad, los del abuso sexual y la prostitución que muchas veces se incuban en el seno de familias desajustadas, no se resuelven en la calle ni mucho menos con acciones coercitivas. La base de la estabilidad social es la familia que debe construir los cimientos de la sociedad.

Hoy, además de la parva preparación de una buena copia de padres para orientar a sus hijos, se presenta el más garrafal de los problemas: la ausencia materna en el hogar, acuciada por la necesidad de trabajar fuera del ámbito familiar con la consiguiente soledad del niño en dilatados lapsos de su vida.

He ahí, desde nuestro punto de vista, el problema básico de nuestro tiempo.

Y en este maremágnum es fundamental y heroico el papel del maestro.

El camino que seguimos es el de la lucha callada del maestro orientador todavía cubierto de malezas. Nada de silencio. No existe el mutismo absoluto en el tráfigo mortal. En el silencio de nuestra meditación se colma nuestra conciencia con los ruidos pequeños que acervan el atuendo nocturnal del bosque: el ululante ladrido de los canes que hinchén la lejanía con su acoso lunar; el apagado cristalino rumor de la hontana; el monótono grillar y, de cuando en cuando, el casi imperceptible arrastre de los dorados alhumajos por los saurios insomnes. De igual manera brotan de la ignota espelunca de la subconciencia, no tan silente, el eco de las voces que nos atosigaron en la nocturnidad de nuestro pasado abisal que creíamos inacabable.

Tenemos una tarea que cumplir. La cultura está en crisis y asistimos a una desventurada inversión de valores. Las crisis del intelecto son etapas fatales en el discurrir de la historia.

Empero, sabemos que la cultura, en su alta expresión, no muere, porque cuando se ve hostigada y ensordecida por las roncadas trompas cinegéticas como vulpeja medrosa, abandona la floresta y se refugia en el rescoldo hermético e íntimo de la solariega quietud de una celda monacal, como en la espesa sombra medieval aquel monje amanuense que mientras manuscibía, para salvarlos del deterioro, los tesoros del saber clásico, exclamó: "En el silencio del tiempo sólo se escucha el ruido del roce de mi pluma en el papel".

Las universidades, en una buena proporción de su vigencia, lanzan al mundo miríadas de profesionales: médicos, abogados, ingenieros. Son, sin embargo, médicos incultos, abogados incultos, ingenieros incultos, capaces de arrebatarse una vida a la muerte; una víctima a la injusticia, o construir un puente de sólida estructura admirable. Pero incapaces de levantar los andamios de una nueva sociedad, de un nuevo mundo, de un nuevo código de amor. Medran de espaldas a los valores eternos y lo que es peor, con una autosuficiencia insoportable.

La ciencia ha logrado enmendar errores garrafales de la vida; ha llevado al hombre por caminos que nunca sospechó, pero es estrecha todavía al deseo de eternidad, al ansia de trasponer las lindes inexorables de la vida, que son preocupaciones entrañables.

¿Es lícito, entonces, aferrarse radicalmente a la ciencia como la única respuesta a los misterios de la vida? ¿Nos hace ella propietarios

insobornables de la verdad?

No. Tiene razón José Ortega y Gasset. La ciencia es un portento, pero vale más, mucho más la vida humana. ¿Qué valor tendría la ciencia sin el hombre?

El filósofo hispano se vuelve contra ese tonto discurso pedantesco y esas caídas fatales de la personalidad supeditada al cientificismo y nos dice:

“Hay que humanizar al científico que a mediados del siglo último se insubordinó, contaminándose vergonzosamente del evangelio de rebelión que es, desde entonces, la gran vulgaridad, la gran falsedad del tiempo. Es preciso que el hombre de ciencia deje de ser lo que es hoy con deplorable frecuencia: un bárbaro que sabe mucho de una cosa”.

La ciencia, pues, nos ha abierto el ventanal por cuyo hueco es posible atisbar, entre nieblas de duda, la verdad. Pero cuando en determinadas circunstancias se nos presenta pétrea y muda y la brizna de conocimientos que atesoramos se nos antoja mínima, entonces sabemos que el hombre ante el misterio y la gloria de la divinidad no ha sido propietario, ni por un instante, de la verdad. Y nos avergonzamos y envidiamos al pájaro que en la percha de su árbol lanza al aire el joyante cristal de sus trinos, aun que a lo lejos ruja la tempestad.

En la Conferencia Mundial sobre Educación Superior, convocada por la UNESCO y efectuada en octubre del 1998 en París, en su Art. 6, acápite d, postulan que “en última instancia, la educación superior debería apuntar a crear una nueva sociedad no violenta, y de la que esté excluida la explotación; sociedad formada por personas muy cultas, motivadas e integradas; movidas por el amor a la humanidad y guiadas por la sabiduría”.

ÁGORA, la voz de nuestra Universidad APEC, cónsona con esta resolución, es un intento de ser parte de ese esfuerzo por constituir hombres de cultura y de fe.

¡Ojalá lo logremos!

Febrero del 2001